

dama Châtelet, accedió á las instancias de Federico II, y fué á vivir al lado de un rey que creía poder unir los placeres de la gloria á los de la amistad. Voltaire hizo este viaje á Berlin en 1750, cuando el espíritu filosófico producía los mas ilustres monumentos del siglo XVIII.

Los grandes progresos de las ciencias, y especialmente el espíritu que dominaba entónces en la literatura, habian hecho que se apreciáran en ménos de su justo valor los trabajos eruditos. Los literatos, guiados tanto por las opiniones de Lamotte y de Fontenelle como por el desprecio que manifestaba Voltaire á todo lo que era extraño á las gracias, fomentaban la inercia de los demas pensadores. Olvidaban las fuentes de donde habian sacado las riquezas que gozaban, así como aquellos que se exageran á sí mismos su opulencia y abusan de ella; pero no por esta indiferencia quedaron los eruditos vencidos ó desanimados; se resistieron con modestia y constancia, y consiguieron salvar el honor de las letras griegas y latinas. Contribuyeron á este objeto madama Dacier y su marido con sus doctos comentarios y con sus traducciones; pero sobre todo sirvió con gran éxito á esta causa el gran Rollin, escritor de mucho mas mérito. La universidad tenia siempre algunos auxiliares que proporcionarles: ya principiaban á darse á conocer Crevier y Le Beau; los Jesuitas, animados de un celo laudable, no temian unirse á autores jansenistas para hacer justicia á los antiguos; los padres Brumoi, Porée y Tournemine marchaban por el mismo camino que Rapin y Vanier: los Benedictinos con la infatigable actividad de sus trabajos confirmaban los derechos que tenia su ilustrada congregacion al reconocimiento de las letras; el padre Calmet con una mezcla singular de gran sagacidad, y de una credulidad alguna vez pueril, y el padre Mont-Faucon con un espíritu metódico, descubrian y ordenaban materiales importantes para la historia. Freret, á quien despues de su muerte se atribuyeron las obras mas señaladas de la incredulidad, aparecia entregado á las mas profundas investigaciones, en las cuales se habia hecho admirar por su excelente crítica. El conde de Caylus se examinaba apasionadamente las mejores obras de la antigüedad y enseñaba á apreciarlas bajo el aspecto del arte. Por entónces se difundía el conocimiento de la literatura oriental, y se debían á los Jesuitas muchos descubrimientos en este punto, y la esperanza de otros mas importantes. Esta compañía que llevaba á todos los puntos del globo su espíritu de conquista, sabía ocultarle sagazmente, bajo las mas variadas formas, y hacer que se le perdonasen sus eminentes servicios.

Los Jesuitas ayudaban entónces á un emperador tártaro á hacer revivir las ciencias en la China, la cual en tiempos muy remotos habia hecho ó recibido los mas asombrosos descubrimientos. Los Jesuitas se convertían en magistrados de un pueblo, cuyas costumbres aparentaban admitir, y le dirigían por la senda del Cristianismo. El padre Parenin, uno de los talentos mas complacientes y distinguidos de su siglo y sus piadosos y doctos compañeros, los padres Amyot y Duhalde, llevaban á la China algunos conocimientos de Europa y hacían conocer á esta muchos puntos de la historia, de la moral, de la admirable cultura y de las artes de la China. En las *Cartas edificantes*, el gusto mas delicado y la crítica mas ejercitada hallaban gran número de hechos interesantes y de juiciosas observaciones.

Hacia el fin del ministerio del cardenal de Fleury, la lucha entre la escuela antigua y la nueva era muy desventajosa para aquellos que habian querido reprimir el espíritu activo y emprendedor del siglo. Muchos hombres de Estado, cansados de vanas disputas, imaginaban nuevos sistemas y trataban de cimentar el trono sobre otras bases sin conmovérle. Los dos Argenson y Machault favorecian en muchos puntos el es-

piritu filosófico, y querían conciliar los progresos del saber con los progresos, ó con la consolidación á lo ménos, de la autoridad real. El clero olvidaba muchas veces á sus mas peligrosos enemigos. Los literatos herederos de la tradicion y de la piedad del reinado de Luis XIV sucumbían al peso de los años. El abate Fleury no existía ya; Rollin y Massillon estaban á las puertas del sepulcro; d'Aguesseau, anciano vigoroso, habia perdido su autoridad con alguna parte de su gloria. Aun se leían aquellos excelentes modelos, pero ya no se oía su voz ni en los bancos en que una dócil juventud habia recibido de Rollin las lecciones de la antigüedad y del Cristianismo, ni en el foro donde d'Aguesseau habia excitado una santa emulacion de virtud en los magistrados, ni en el púlpito donde Massillon habia descrito todas las tempestades del corazón humano, y pintado la imagen de la paz celestial. Fontenelle, asustado alguna vez del impulso de las inteligencias, sonreía sin embargo á aquellos que le atribuían esta revolucion y reconvenía á los nuevos filósofos, ménos como censor que como padre. Hacia ya años que sobrevivía á su amigo Lamotte, que á pesar de sus errores en materia de gusto tenia verdadera sabiduría, y cuyo ingenio perdió en vigor cuanto quiso ganar en extension y en flexibilidad, pero que habia imaginado el sencillo y tierno cuadro de *Ines de Castro*. Los últimos años de Lamotte habian ofrecido todo lo mas dulce y respetable que tiene la filosofía práctica; no puede imaginarse cómo este hombre tan tranquilo en sus enfermedades y tan paciente con sus enemigos, hubiese podido en su juventud ser llevado á sepultar en la Trapa una miserable cruz del amor propio. La marquesa de Lambert habia terminado su larga y honrosa carrera, y las mujeres lloraron su pérdida; en las *Lecciones de moral* habia puesto aquella ternura de corazón y aquella penetracion que es propia de su sexo. Amenazaba á las letras otra pérdida, la de Vauvenargues, que habia mostrado un vigor de espíritu casi igual al de Pascal, pero que podia presumirse que no seguiría la misma senda que este religioso filósofo. Sus opiniones en materia de fe fueron quizá mal juzgadas por su amistad con Voltaire.

Despues de celebrada la paz de Aquisgran, los ánimos se agitaron mucho; las corporaciones se disputaban la direccion de los primeros asuntos del Estado, y la lucha era sostenida con especial ardor entre el parlamento y el clero. Todos aspiran á la autoridad cuando el monarca descuida la suya; todos se mueven cuando el se adormece. Las disputas entre el sacerdocio y la magistratura se hicieron tan violentas que era de temer una guerra civil y religiosa. Algunos hombres de Estado que deseaban ardientemente mantener la paz, muchos que temían ser interrumpidos en sus placeres, las almas piadosas que en nombre de la religion reproban los excesos de que esta habia sido pretexto, aconsejaron á los literatos que calmasen su cólera. Estos trataron de concierto de destruir al mismo tiempo que este motivo de disputas los furiosos del fanatismo que parece iban á resucitar de nuevo; pero no todos se dirigieron á este fin por el mismo camino. Algunos quisieron dirigir los ánimos á una total indiferencia religiosa; otros á la observacion de la naturaleza, y otros propusieron los mas elevados problemas del orden social. Había entre ellos hombres de vasta erudicion, de carácter ardiente, dotados de la constancia que requieren las grandes empresas, y de la habilidad que asegura su buen resultado; amantes de la novedad, fuese ó no por deseo de celebridad, que era su pasion dominante, y la misma diversidad de sus disposiciones naturales les hacia mas propios para el efecto á que todos manifestaba ó secretamente se dirigían. Entre los literatos nace fácilmente la intimitad, se animan y se ilustran alternativamente comunicándose sus trabajos y sus estudios, mientras que no han conquistado aun un nombre, mientras que

sienten el impulso de las generosas pasiones que inspira la juventud. De todo el reino acudían á la capital jóvenes que habiendo leído furtivamente obras notables por su audacia, se complacían en comunicarse los pensamientos, cuyo germen habian sido aquellos escritos y la propia meditacion. Diderot los animaba mas que ninguno, excitaba su entusiasmo, hallaba protectores para todos y admiradores que elogiaban con pasion sus primeros ensayos. Diderot tenia un carácter amable y franco; su rostro llevaba impresa la franqueza de su alma y parecia manifestar el ardor del genio; en su conversacion reunía un vivo entusiasmo á una doctrina variada y positiva; á la manera de los antiguos filósofos se complacía en disputar en medio de sus discípulos, haciendo el papel de Platon, de Aristipo, ó de Diógenes, y en caso de necesidad hubiera podido hacer de profeta. Á su lado ninguno sentía el cansancio y la impaciencia que causa el tono dogmático; tan indulgente era, y tan corteses sus maneras. Era enemigo declarado de la revelacion; al principio habia creído que debía detenerse en el deísmo, y pareciéndole que Voltaire manifestaba demasiada frialdad en este culto, queria reanimar su fervor con fuertes sacudidas de ánimo, que muchas veces no eran mas que sonoras palabras. Despues temiendo que llegase alguno á un grado mas elevado en la incredulidad, se hizo ateo. Pero para tener un consuelo en este sistema que los arrebató todos, imaginó un cuadro de mejoras sociales, de las cuales estaba llamado á participar todo el género humano. En sus primeros ensayos en las letras habia mostrado una audacia desmesurada, porque los *Pensamientos filosóficos*, publicados en 1746, eran el ataque mas directo que la religion cristiana habia sufrido en Francia. Esto le produjo tan graves disgustos que se vió obligado á pasarse á otra bandera. Tenia las pasiones y habilidad de un jefe de partido, y habiéndose formado poco á poco discípulos entre sus émulos, les convenció de que habia llegado el tiempo de derramar la luz á torrentes por Francia y por Europa, de dar el golpe de gracia á las preocupaciones y á las viejas creencias, de comunicarse sus obras y erigir un monumento adonde fuesen á beber sus ideas todas las naciones. Este monumento era el *Diccionario enciclopédico*, cuya idea habia sido concebida por él y por d'Alembert; y ninguno mas que d'Alembert servia para impedir los peligros que suscitaba la inquieta actividad de Diderot.

Las obras y los descubrimientos de d'Alembert en matemáticas le habian colocado á la altura de Clairaut; por carácter, por hábito, por costumbre era muy propio para dirigir aquella grande y peligrosa union de sabios y literatos. Era hijo natural de madama Tencin, que formó parte muchas veces de las orgías de la corte y que despues de un parto clandestino, tuvo la crueldad de abandonar al hijo que habia tenido del caballero Destouches, uno de sus muchos amantes. El niño en una noche de noviembre de 1717 fué encontrado en la calle por un comisario del barrio, y compadeciéndose buscó una persona que quisiese prohibirle; se ofrecieron á ello un vidriero y su mujer, á quienes confió el pequeño d'Alembert. Hicieron estos por él cuanto hubieran podido hacer por un hijo propio, sufriendo privaciones para darle una educacion liberal. El reconocimiento concurrió á desarrollar en d'Alembert con mas fuerza su ingenio, de modo que pronto pudo recompensar con su fortuna los cuidados de sus bienhechores. Joven aun cuando Pascal y Newton asombraban al mundo, se distinguió en geometría, y escribió una memoria sobre la teoria de los vientos, que fué premiada por la Academia de Berlin y que le ganó la admiracion de los mas grandes géometras de Europa. En pocos años se puso á su altura, y él fué el que aseguró á Newton el triunfo sobre los mas obstinados cartesianos. En las ciencias buscaba todo lo que tiene una aplicacion mas inmediata. La invencion

del cálculo diferencial é integral habia hecho en las matemáticas grandes progresos, y d'Alembert hizo de él nuevas aplicaciones á la hidráulica, sobrepajando los descubrimientos del siglo precedente. Habia pasado ya el tiempo en que los sabios se limitaban á un estudio único, buscando solo en él la gloria; Fontenelle les habia enseñado otras sendas. La opinion buscaba un sucesor á aquel filósofo nonagenario, y d'Alembert se ofreció á recorrer la senda trazada por el espíritu conciliador de Fontenelle. No tenia aquella viveza de imaginacion que es la mas segura prueba de ingenio; pero gracias á su bien ordenados estudios habia adquirido una locucion fácil, exacta y clara. Era uno de aquellos hombres privilegiados que son siempre dueños de sus pensamientos y de sus pasiones. Á su justicia, que era el gran mérito de su inteligencia, daba mayor precio la jovialidad que en él era efecto de la tranquilidad de ánimo y de un gran fondo de malignas observaciones. D'Alembert agradó á Voltaire, y este, cuyo genio habia formado á toda aquella generacion de escritores, apenas hubo oído al joven filósofo, mostró por él una especie de deferencia. Los literatos deseaban encontrar en un sabio un árbitro que no presentándose nunca como émulo, velase para evitar el peligro y asignase á cada uno su parte y su recompensa. En todos aquellos que tomaban el nombre de filósofos, d'Alembert fué casi el único que justificó este título con su modo de vivir. Su próspera fortuna le habia hecho abandonar la loable frugalidad de su juventud. Cuidaba como á un hijo al buen vidriero y á su mujer; ocupaba en su casa el departamento mas humilde, y las seducciones de la brillante sociedad no le distrajerón nunca de los deberes de una piedad verdaderamente filial. Madama Tencin habia querido reconocer á su hijo cuando habia adquirido la estimacion general; pero á pesar de todas las ventajas que podia ofrecerle una madre que por sus intrigas y sus manejos conservaba aun gran influencia entre los poderosos y los literatos, no se dejó conmover por una ternura maternal que solo era hija de la vanidad, y respondió á sus instancias: *La vidriera solo es mi madre*. En todo tenia la misma inflexibilidad; por eso sus odios y sus preocupaciones eran profundas, y bajo este aspecto estaba muy lejos de la tranquilidad del filósofo y de las inspiraciones de un ánimo benévolo.

Diderot habia anunciado el *Diccionario enciclopédico* con aquel énfasis que empleaba en todas sus promesas, y habia sabido hacer que la nacion hiciese consistir su propia gloria en aquella obra. El gobierno no miraba con muy buenos ojos aquella union tan numerosa: al lado de nombres oscuros y de autores de modesto mérito aparecian entre los demas compiladores otros cuyo nombre no se oía hacía mucho tiempo sin terror. Era, pues, dudoso lo que debia hacer, y el gobierno no se atrevió á impedir ni á dirigir la empresa, esperando que no se conseguiria poner en movimiento una máquina tan complicada. Diderot y d'Alembert aceptaron el desafio, no asustádoles los defectos inevitables por la precipitacion en una obra de tanta importancia. En 1751 se publicaron los dos primeros tomos de la *Enciclopedia*. Los que anticipadamente se habian propuesto admirar una empresa sin modelo hasta entónces, pero que no habia sido concebida nunca en proporciones tan extensas, no cambiaron de opinion á pesar de la negligencia, la frivolidad y la aridez de muchos artículos; ni tampoco los que la habian condenado de antemano se dejaron seducir por la brillante originalidad de los artículos de Diderot y de varios amigos suyos, ni por la majestad del atrio erigido por d'Alembert delante de aquel irregular y colosal edificio. Ya se suponían cuáles serian los principios que contendría el *Diccionario* por los que profesaban sus principales autores. El gobierno no podia doblegarse á escuchar los preceptos de administracion que se le daban, ni tolerar que in-

directamente se censurasen sus actos mas recientes : el clero y los Jesuitas levantaron su voz contra otros argumentos : el artículo *Alma*, en el cual parece descubrirse un materialismo ligeramente enmascarado, fué sometido á la censura : todos se declararon en favor ó en contra de la *Enciclopedia*, pero su suerte debía ser decidida por la marquesa de Pompadour. Esta animaba ó contenía á los filósofos segun convenia á los cálculos de la política, y con mas frecuencia segun sus caprichos. Cuando el clero atacaba la autoridad real, aun las obras escritas con mas calor eran acogidas con algun favor ; cuando convenia hacer justicia al clero, todo hasta los lugares comunes de la nueva filosofía eran objeto de acusacion. En esta alternativa de favor y de desconfianza fué colocado el *Diccionario enciclopédico*. Por decreto del consejo, el 7 de febrero de 1752 fué prohibida su publicacion como contraria á la religion y al Estado, y se creyó que sus principales autores no evitarian la proscripcion ; y Diderot fué el primero á quien amenazaron con la torre de Vincennes, donde habia estado encerrado dos años por algunos pasajes satíricos de las *Cartas sobre los ciegos*. Pero al cabo de algunos meses Diderot y d'Alembert gozaban el favor de la corte ; la supresion del *Diccionario* habia sido considerada como un acto de pusilanimidad ; causaba risa el ardor con que tomaron los Jesuitas este asunto, y el despecho que sintieron al ver eclipsado el *Diccionario* de Trevoix, parece que fué lo que dictó las predicciones con que aterraban al gobierno. La *Enciclopedia* volvió á aparecer con todo el favor de la moda.

Los filósofos habian creado un nuevo placer para el espíritu y para el orgullo, el de poder recorrer todos los conocimientos humanos, mientras que hasta entónces la universidad del saber habia sido considerada como privilegio de un corto número de talentos extraordinarios. Entónces fueron llamados pedantes los que se dedicaban á un solo estudio ; pero no eran acusados de presuncion los que abrazaban todas las ciencias. Sin embargo, tan temeraria direccion no produjo la confusion que era de temer. Los hombres superficiales hicieron mas ridicula su propia vanidad con la ostentacion de conocimientos vagos, inexactos y frívolos ; pero en otros aquella avidéz grandísima de saber se concilió con la prudencia y la modestia. El estado en que vemos hoy las ciencias, su íntima union con las letras, los auxilios que mutuamente se prestan, son frutos del impulso que recibieron á mediados del siglo XVIII. Hombres llamados por su nacimiento, y mas aun por la nobleza de su espíritu, á los primeros empleos, no desdeñaron ordenar sus estudios segun ideas mas vastas. Turgot manifestaba la noble ambicion de querer ser un Leibnitz, y lo hubiera conseguido, si no hubiese querido servir á su patria mas directamente. Lamoignon poseía todos los conocimientos asi como todas las virtudes de Malesherbes, su amigo.

Pero no bastaba excitar esta admiracion ; era preciso descubrir nuevos métodos para dirigirla. D'Alembert tomó este cargo, y tambien el de ordenar con una clasificacion exacta y completa el confuso cúmulo de los conocimientos humanos. Bacon habia podido concebir este proyecto cuando las ciencias principiaban á despojarse de la charlatanería y de la estúpida curiosidad que las habia hecho nacer ; pero á la sazón era preciso aplicarle á tiempos mas afortunados y mas fecundos. D'Alembert acudió tambien á un filósofo inglés, á Locke, ya muy célebre porque Voltaire citaba muy á menudo su nombre ; pero poco conocido y aun ménos comprendido. En el *Discurso preliminar* de la *Enciclopedia* se emplean con gran maestría todas las dotes propias de la lengua francesa, que resplandece allí con su gracia natural, sin ningun adorno, grave, pura, fácil, persuasiva como la verdad. Pero D'Alembert habia señalado la meta, sin haber dado en su rápida carrera medios para llegar á ella. Condillac, por el

contrario, empleó toda su vida en su estudio ; aunque solo medianamente versado en las ciencias, quiso dirigirlas y al fin lo consiguió. Condillac adivinó los vínculos que unian á las ciencias sin haber penetrado en sus secretos, así como Newton habia adivinado la figura de la tierra sin medirla ni en los polos ni en el Ecuador. Casi al mismo tiempo que se publicaba el discurso preliminar de la *Enciclopedia*, aparecia su *Ensayo sobre el origen de los conocimientos humanos*, obra que aunque no cedía á aquella en claridad, y aunque ofrecia mas nuevos puntos de vista, sin embargo no encontró tanto favor en el público. Locke habia aconsejado la análisis ; Condillac enseñó á servirse de esta arma poderosa de la lógica, y la empleó siempre con suma maestría. Amigo prudente de los nuevos filósofos, explicó por mucho tiempo las facultades del alma sin pronunciar una sola palabra que negase su noble origen y su sublime destino. Después abandonó esta reserva ; pero aun los mas celosos espiritistas no encontraron que reprender en él mas que la mezquina y estéril hipótesis de una estatua organizada, que fué lo que supuso en su *Tratado de las sensaciones*. Por aquel tiempo tambien el juicioso Dumarsais, uno de los compiladores del *Diccionario enciclopédico*, aplicaba el análisis á la gramática y Duclos á la moral en las *Consideraciones sobre las costumbres del siglo XVIII*. Este último habia buscado y conseguido fácilmente fama de bello espíritu. Sus gracias se diferenciaban de las de Voltaire, lo mismo que las de Juvenal de las de Horacio. Habia publicado novelas y cuentos que carecian de imágenes, pero notables por la energía y la variedad de los retratos. Todos casi se habian persuadido de que en estas producciones ligeras la vaguedad y riqueza de las ficciones eran una cosa indiferente. En las confesiones del conde de***, Duclos habia pintado aquel libertinaje sistemático en que tiene mas parte la vanidad que los mismos sentidos, y el triste mérito de haber pintado este cuadro con sus verdaderos colores le habia granjeado mayor estimacion que las gracias mordaces y las espléndidas antítesis de que habia sobrecargado la historia de Luis XI. Desgraciadamente para las buenas costumbres, el hijo de Crebillon y otros frios escritores habian escrito con mas libertad que talento cuentos y novelas, que revelaban y aun exageraban los escándalos de la época. Duclos apareció, pues, como un hombre honesto, como le habia calificado Luis XV por sus *Consideraciones sobre las costumbres*, y este juicio fué confirmado por la posteridad. Por el noble deseo de ser justo y de evitar, como decia Fontenelle, el *ridículo de mas baja ley á la virtud de ménos importancia*, Duclos renunció á una de las mas bellas gracias de su ingenio absteniéndose de la sátira. Si hubiera querido adquirir nombre por este medio, se hubiese aproximado mucho mas á La Bruyere, pero hubiera tenido que pintar caracteres demasiado viciosos ó demasiado pálidos. Prefirió emplear mucho criterio y sagacidad en las observaciones generales. Su elocuencia era el lenguaje franco y agradable de la probidad. Era citado como uno de los mas agudos ingenios y tenia fama de gran talento. No le seducian las ilusiones de la nueva filosofía ; mantenía relaciones estrechas con algunos hombres de Estado, pero no los adulaba ; amaba las virtudes difíciles del ciudadano y despreciaba las cómodas del cosmopolita ; preveía con dolor los desórdenes que debía ocasionar la ruina total de la religion, y creía bastante hacer la guerra á la hipocresía y á la intolerancia.

Entretanto la incredulidad se manifestaba en muchos escritos que procedian de una literatura abyecta. El médico La Mettrie, estúpidamente ateo é imprudente, encontraba en Postdam un rey protector, que después se declaró enemigo del ateísmo, que hacia gala de despreciar las creencias que todos los soberanos consideran como fundamento de su autoridad. Tambien el marques de Argens se valia de la amistad

de Federico para atacar impunemente la religion ; en sus *Cartas judaicas* habia tratado de imitar la ligereza de Voltaire, conservando al mismo tiempo bastante moderacion ; pero poco después en otras obras clandestinas predicó los principios de un materialismo grosero, y trató de destruir todos los fundamentos de la moral. Hacia años que corrian por Paris muchísimas copias del testamento del cura Juan Meslier, que apostatando en el lecho de muerte, declaró que toda su vida habia sido una larga impostura. Cuando recordamos estas profesiones de fe, que no podemos ménos de oír con disgusto y horror, nos indignamos contra la memoria del primer sacerdote que dió este escándalo ; pero aun mayor fué el que causó una tesis sostenida en los mismos bancos de la Sorbona. Un cura llamado De Prades, hombre sin moral y sin fe, de concierto con algunos incrédulos, se propuso jugar con los teólogos en el centro mismo de su dominio, y empleando todos los recursos que pueden ofrecer el lenguaje y las sutilezas de escuela, en una disputa pública insultó á la revelacion y hasta al deísmo. Comparó los milagros de Jesucristo con los de Esculapio ; dijo que la esencia del alma era el fuego, y que la razon reprobaba la desigualdad de condiciones. Los incrédulos se rieron y los teólogos se indignaron, y reunidos en parlamento con el clero decretaron su prision, y De Prades encontró un asilo al lado del rey de Prusia. Pero después la vileza de su corazon le atrajo el desprecio del partido á que habia querido agradar.

La conversacion ofrecia á la incredulidad otro medio para difundirse ; nunca habia habido en las reuniones tanta libertad y tanto calor. Los Franceses después de la Regencia, y súbitamente, á los groseros placeres de un libertinaje desenfundado, prefirieron los de las discusiones ardientes, sostenidas con urbanidad y gracia y algunas veces con método. Pero aunque la moda habia proscribio los placeres de la intemperancia, no pecaba de austeridad en las costumbres ; pasaban por cima del escándalo y evitaban hablar de él. La religion no se veía atacada de frente con imprudentes blasfemias, sino con una ironía ligera, que engañaba aun á las personas piadosas. Se quería gozar con seguridad de todos los placeres de un lujo delicado, y á un mismo tiempo se hacian votos y proyectos para endulzar la suerte de las clases pobres. Entre las varias sociedades en que dominaba la nueva filosofía, se distinguian las del baron de Holbach y de Helvecio, donde gracias á la cordialidad que nace del espíritu de partido, habia mucha tolerancia para las doctrinas opuestas ; se celebraba y practicaba la beneficencia, y se apreciaba mas el talento que el nacimiento : allí se censuraban los actos del gobierno con ménos dureza que en los círculos dados á las cábalas activas ; pero se le quería aconsejar á despecho suyo : las inteligencias se ocupaban en buscar remedios para todos los males que afligen á los hombres, y se desterraba á la religion, que es la que los alivia mas que nada.

Contra aquella sabiduría que se quería conciliar con los placeres del lujo, se habia presentado desde luego Juan Jacobo Rousseau. Las aventuras de su juventud estuvieron mezcladas con muchos errores y tambien con alguna otra baja accion, de la cual hizo en sus Confesiones una revelacion orgullosa y culpable : le llevó á Paris un vago presentimiento de un destino glorioso, y al principio su timidez hizo perder toda esperanza. No se atrevia á poner el pié en la senda de las glorias literarias ; solo fundaba su esperanza en su disposicion para la música. No le costó trabajo hacer de la frugalidad un hábito ; pero no pudo desterrar de su corazon un secreto sentimiento de envidia contra los que nadaban en medio de los placeres que él afectaba despreciar.

Una jóven de oscuro nacimiento, de ninguna educacion, de mediana hermosura y de limitado talento,

vino á distraerlo por el vago deseo de amar que dominaba en su imaginacion. Diderot le hizo conocer el secreto de su ingenio y cuánto podia servirle la paradoja para adquirir pronta fama ; y ya fuese por los consejos de este amigo, ya fuese por propio impulso, en 1750 Rousseau tomó la atrevida resolucion de sostener la negativa de esta proposicion de la Academia de Dijon : *¿ Han ayudado las ciencias y las letras á purificar las costumbres ?* Una sociedad docta premió un discurso que envilecia y aun calumniaba las letras ; y el público á quien agradaba todo lo caprichoso y atrevido, recibió un placer al ver á la elocuencia combatir contra sí misma. Los mas experimentados jueces se asombraron de los ensayos de un ingenio tan lleno de fuerza y de vida : los filósofos, prometiéndose grandes auxilios de un escritor que sabia combatir tan diestramente las opiniones admitidas, le perdonaron una paradoja que se conciliaba muy mal con su doctrina de la perfectibilidad infinita, y creyeron que podrian darle otra direccion. Pero el orgullo de Rousseau no era menor que su talento, y rechazaba todo vínculo, toda dependencia.

Era entónces una extravagancia comun á muchos literatos el querer que la fama hablase tanto de la persona como de sus escritos, y Rousseau la llevó mas adelante que ninguno. Diderot conoció, no sin disgusto, que habia alguno que trataba de superarle en extravagancia ; pero la extravagancia de Juan Jacobo debía producir mayor efecto que la de Diderot. Ambos fundaban su elocuencia en opiniones singulares, y en cierta buena fe al publicarlas ; ambos se hacian ilusiones á sí mismos, Diderot con sus propios raciocinios y Rousseau con sus propios sueños : vivian sin embargo unidos, porque ambos se creian uno necesario al otro ; el último y desgraciado fruto de esta alianza fué el discurso *Sobre la desigualdad de las condiciones*. Si se ha de creer á Rousseau, Diderot le inspiró la acritud que hay en todo el discurso. La mayor parte de los filósofos se indignaron de este ensayo, aunque le admirasen, reprobando el que Rousseau hubiera ido tan adelante al querer destruir el edificio de las instituciones sociales, y no se fiaban de un auxiliar que no caminaba en sus filas, y que lo que era aun peor, oponia una rigidez mas que estoica á las indulgentes máximas de su moral.

El público recibió bien la hipótesis presentada sin examinarla seriamente, y se satisfizo al ver un misántropo fiel á su propio carácter y á sus pretendidos principios. Juan Jacobo le entretenia siempre con cosas inesperadas. La corte habia gozado mucho con la música y con la ingenuas palabras del *Adivino de aldea* : esta pintura tan sencilla habia conmovido todos los corazones, que por las costumbres del tiempo, por la moda y por el mal gusto de las artes se alejaban cada dia mas de las impresiones de la naturaleza. Rousseau recibió una grandísima alegría al ver su buen éxito, pero temiendo que se desmintiese su extravagancia, respondió con un orgullo que rayaba casi en infamia á los poderosos protectores que iban á verlo, y después para dirigirse contra aquel mismo pueblo cuyos aplausos le eran tan gratos, se levantó contra la música francesa y quiso hacer preferir la melodía italiana á los efectos monótonos y forzados. Esta cuestion tan frívola despertó la vanidad nacional : tan fácil de encender era el espíritu de partido, que se empeñó sobre la música una guerra no ménos obstinada que la del clero con el parlamento, y que la de estos dos cuerpos contra los enciclopedistas. Estos habian defendido á Rousseau en una disputa ajena á sus elevadas especulaciones ; pero los partidarios de Lulli y de Rameau enconaron tanto la animosidad que Rousseau, cansado de sus gritos, tomó la resolucion de vivir en el retiro, creyendo que la capital de que huía le trataria mejor estando lejos. Se encerró, pues, en una casita que le ofreció la amistad en el valle de Montmorency, retiro en que debía

acabar de desenvolver su ingenio. En la Soledad decía que habría recobrado su libertad, si hubiera podido librarse del yugo de la amistad de Diderot y de los filósofos. Preocupado por el temor de que estos le declarasen desertor, suponía que estaban no menos irritados que entristecidos, lo cual le causaba ya alegría, ya soberbia, ya temor. Interpretaba, creía explicar, y con frecuencia desfiguraba las palabras y los actos de los amigos á quienes ya no quería; deseaba que se portasen mal con él, y su imaginación alterada por el mal uso de su talento les acusaba fácilmente. Cuanto mas se aislaba, se creaba mas pesares imaginarios; mas se embriagaba de placeres ideales. Aunque afectaba un desprecio supremo por la gloria, sin embargo esta dirigía todos sus pensamientos, y á ella hacia cualquier sacrificio por monstruoso que fuera. Tuvo cinco hijos de la mujer oscura con quien vivía, y los envió á la casa de expósitos privándose hasta de la posibilidad de reconocerlos algun dia, porque á su mente no ofrecían mas imagen que la de los cuidados que habría que tener para educarlos, y lo mucho que le distraerían de su trabajo. ¿Habrá quien le absuelva de una dureza de corazón que podía producir los mismos efectos que un parricidio? Rousseau se tranquilizó con el deseo de hacer á los hombres con sus escritos un beneficio inmenso: con esta esperanza gustó todas las delicias de su proyecto; se reconcilió la paz con el mundo, pero poco despues creyó que el mundo le declaraba otra vez la guerra. Al principio habia considerado como la mas bella y mas directa expiación un tratado de educación; pero ya fuese porque no pudiese su corazón habituarse tan pronto á una empresa que le recordaba demasiado los deberes que tan indignamente habia rechazado, ó ya porque queria reservar para esta obra la mayor fuerza de ingenio que pudiese adquirir, se dejó seducir por otra obra que fuese al mismo tiempo un recreo de su espíritu: *La Nueva Eloisa*.

Poco le importaba contradecir con la pintura de una pasión ardiente su fama de austeridad. Á juicio suyo era una empresa honrosa el restituir las ilusiones á los ánimos que las iban perdiendo de dia en dia entre la languidez de la mollicie, los placeres del vicio, y las investigaciones de una fria filosofía. Temía muy poco agrandar con tal que no corrompiese. Despertando los trasportes del amor, creía restituir á las mujeres un imperio que se les escapaba, y gozaba con su secreto reconocimiento, con su despecho por algunos rasgos satíricos, con el placer de verlas romper la hipócrita prohibición que se las imponía de leer su novela, y finalmente hasta con el error en que caerían al confundir al autor con su héroe. Estaba poseído de una embriaguez mayor que la de ningún poeta; porque amaba verdaderamente á aquella Julia á quien su imaginación enriquecía con tantas gracias, y con virtudes tan amables, y cuya debilidad habia manifestado, como si la felicidad de Saint-Preux fuese la suya. Á pesar de esta especie de delirio, queria al mismo tiempo no abandonar el oficio de filósofo. Como habia pintado el amor sin haberle sentido nunca, y conforme al modelo ideal que se habia formado de él, así tambien pintó elocuentemente la virtud, á la cual era arrastrado por un deseo vehemente é incesante, pero su conciencia no habia podido gozar aun sus delicias, sino digámoslo así, por usurpación. La religion que habia practicado aun ménos que la virtud, recibía de Rousseau en aquella novela un homenaje puro y juicioso; el autor se presentaba como dulce, tolerante, y la proponía como la mejor guía para la moral, pero sin hacerla norma exclusiva de la probidad.

En Ginebra se habia hecho protestante; los filósofos habian juzgado este acto como un efecto del orgullo, como si quisiese con este paso cerrarse la puerta en Francia á los empleos y á los honores, y él quiso demostrar que habia sido solo un acto de conciencia.

Fué Cristiano por espacio de seis años en sus escritos, y quizá creyó serlo aun despues de haber atacado en el *Emilio* todas las bases históricas del Cristianismo. El sentimiento religioso domina especialmente en su *Carta sobre los espectáculos*, que es de todas sus obras la que tiene mas frescura en el colorido, y la única que respira tranquilidad de ánimo. Sin embargo, al escribirla en 1757 estaba muy agitado, porque estaba persuadido de que le perseguía una trama invisible. Ya habia abandonado aquel retiro en que habia preparado mas su gloria que su felicidad; habia calumniado á la misma amiga que le habia ofrecido aquel asilo con ingratas sospechas y quejas; los círculos de la capital que habia frecuentado le parecían malévolos conjurados contra él. Confidente y crédulo solo con las personas cuya ignorancia le parecia una garantía de candor, daba nuevo pábulo á sus tristes visiones con las relaciones de los criados, ó de una compañera que tenia las bajas inclinaciones de estos. Nadie podía amarle sino temblando; sin embargo, en su corazón hubo algunas raras excepciones, y dos ó tres veces conservó grata memoria del cariño que otros le habian profesado. Mas la exaltación que mezclaba á todos sus sentimientos, concluía por alejarle aun de las personas que querían calmar su ánimo agitado. Iba ya á retirarse al mas triste aislamiento, cuando la mariscalca de Luxemburgo le ofreció en el castillo de Montmorency un nuevo asilo que Rousseau aceptó, porque allí no podía esperar, digámoslo así, llegar á temer la amistad.

La *Carta sobre los espectáculos* fué un grito de ruptura con los filósofos. Aunque lleno de amargura, tenia cuidado de conservar en la polémica literaria una actitud noble, una calma activa y casi desdeñosa, arte que no conoció nunca el irascible Voltaire. D'Alembert, á quien Rousseau habia refutado un artículo del Diccionario, era tratado en aquella carta con respeto; Diderot, por el contrario, era tratado con una sátira indirecta, que debia herirle muy vivamente.

Los ánimos necesitaban una dirección mas fuerte y mas viva que la que podían darles el viejo Voltaire y sus imitadores. Este, habiendo tratado de agrandar á los nobles, solo hablaba á un corto número, y relegaba las pasiones al teatro, mientras que los demás querían hacerlas sentir en los afectos privados y sobre todo en los intereses públicos. Cuando el indolente epicureísmo habia soñado alguna reforma fácil, habia almas ardientes, irritadas por el sentimiento de los propios padecimientos, ó de los de sus semejantes, que invocaban ó solicitaban mil cambios peligrosos. Entre los seducidos por la nueva filosofía muchos se lamentaban y se indignaban de que tendiera al materialismo, doctrina friamente profesada ó débilmente combatida, y que producía una revolución en el fondo de los corazones. Queríase la felicidad en la tierra, sin perder la esperanza de una felicidad mas sublime. Existía ademas una necesidad de vengar á Dios, de asegurar la moral, de creer en la virtud, y si no hubiese existido esta predisposición en los ánimos, el siglo xviii habria caído en el mas perfecto envilecimiento, porque la degradación de las costumbres hubiera retardado la decadencia de la autoridad real, y la Francia se habria librado quizá de una Revolución, adoptando las costumbres que Italia, para vergüenza suya, adoptó en el siglo xvi. Ninguna obra influyó nunca tanto y tan directamente en las costumbres y en los destinos de una nación como el *Emilio* de Rousseau: y no hablo de los experimentos ridículos de un sistema de educación imposible, cuando en vez de esto, hubiera podido dedicarse á evitar costumbres perniciosas á la salud, á las fuerzas y á la belleza de los niños, disminuir los castigos ó mas bien los suplicios que los irritan ó envilecen, reformas invocadas por el espíritu de aquellos tiempos. ¿Qué otro filósofo ó mas bien qué legislador alcanzó un triunfo mas hermoso que este, persuadiendo á las

mujeres jóvenes, ligeras, ricas, que no confiasen sus hijos á manos extrañas, oponiendo con tan buen éxito el amor materno á las seducciones de la vanidad? Es preciso recordar lo mucho que aquella época se hallaba trabajada por la licencia, y desgraciadamente miles de testimonios prueban que en ninguna otra habia habido mas descaro ni mas escándalo en los adúlteros.

Pero Rousseau, desarrollando con cautivadora elocuencia observaciones presentadas ya por Buffon, devolvió los afectos de amor, de ternura, de castidad á muchas familias, detuvo el ardor del vicio, y refrenó las escandalosas consecuencias de la Regencia. De aquí la predilección que las mujeres manifestaron por Juan Jacobo, su noble docilidad á sus deseos, que fueron por pensadores superficiales ó envidiosos imputados en gran parte al capricho de la moda: las mujeres que en el año de 1762 creyeron que era obligación suya amamantar á sus hijos, debían ser las madres de aquellas que poco despues iban á la muerte por salvar ó seguir á sus padres, maridos, hijos ó hermanos.

El *Emilio* produjo efectos todavía mayores, aunque no tan notados, porque no fueron tan inmediatos. En esta obra, una de las mas grandes producciones del espíritu humano, estaba comprendido un episodio, fundado sobre una hipótesis no ménos falsa que estéril: hablo de la profesion de fe del vicario saboyano. Rousseau levantó la filosofía de la tierra en que la encontró postrada, enseñándola á mirar al cielo. Sabía combinar con fuerza las ideas y los sistemas de los mas profundos talentos, reproducirlos con aquel calor y aquella energía que se aproxima á la gloria de los descubrimientos, y su aislamiento al paso que lo separaba de los áridos razonadores como Diderot, Helvecio y el baron de Holbach, le proporcionaba una vida mejor con aquellos sabios que mostraron al hombre su destino sublime, Platon, Descartes, Epicteto, Fenelon y el doctor Clarke, sus compañeros en aquellos paseos en que quietaba su alma recuerdos importunos. Ocupado en la demostración de Dios, reunía un admirable conjunto de pruebas, presentadas ó por una razón superior ó por el sentimiento. Pero este Rousseau tan atrevido, tan insultante cuando exponía malignas paradojas, era modesto, sencillo y al mismo tiempo mas digno cuando proclamaba las verdades de que el hombre debe ser celoso custodio; nunca como en estas ocasiones tiene su estilo mayor esplendor y pureza. Todo demuestra allí la tranquilidad y la armonía de la escena en que coloca su mas hermosa conversacion, dando así á un prodigio de lógica el efecto de un himno al Criador.

Otro asunto correspondía á Rousseau, el defender la revelación, en una época en que esta era blanco de amargos sarcasmos. Parecía que en la *Carta sobre los espectáculos*, y tambien en la *Nueva Eloisa* se habia propuesto respetarla, protestando en nombre de los pastores ginebrinos contra la asercion de d'Alembert que los declaraba socinianos; pero los pocos años que habian trascurrido habian producido desgraciadamente demasiadas obras irreligiosas. Ademas su fantasía habia sido herida por hechos de otra naturaleza, tales como los continuos errores del gobierno, los manejos de las corporaciones, el odio de las facciones, y sobre todo el contraste de las leyes con las costumbres. Puede decirse que fué el único entre los filósofos que presintió una Revolución violenta, cuya proximidad y funestos efectos exageraba, pareciéndole que los desórdenes causados por una crisis semejante, no tendrían freno ni término cuando se borrara enteramente el sentimiento de respeto hacia el culto antiguo. Persuadido de que podia salvar la moral sin defender los dogmas, encontró por último en el socinianismo la religion del siglo xviii, y con este sentimiento escribió la segunda parte del *Vicario saboyano*; pero semejante conciliación fué poco aprobada, porque

no se creía muy sincero al conciliador, que mirando á la religion por sus dos lados opuestos, y presentándola, ya absurda, ya sublime, se manifestaba, no como defensor, sino como adversario declarado del Cristianismo. Ademas la pompa de palabras que habia empleado en la apología, fué juzgada muy débil en compensación del vigor que habia puesto en la censura; de suerte que la incredulidad de Voltaire parecia poca cosa al lado de este peligroso dialéctico. Fué general la alarma: los Jesuitas, que caminaban á su disolución, y los jansenistas que querían santificar su victoria, se levantaron de consuno contra el autor del *Emilio*; pero ni el poder de la autoridad real, ni el de los parlamentos podían ya imponer una pena rigurosa á un hombre que reinaba sobre los ánimos con el poder del entusiasmo.

Rousseau, condenado por el parlamento de Paris, fué protegido, á veces directamente, por mujeres principales, magistrados y por el príncipe de Conti. Estos protectores le hubieran procurado tambien una gloriosa vuelta si él no hubiese enfriado su celo con la mas injusta desconfianza. Aquella proscripción fué para él una larga serie de desgracias reales, y demasiado amargamente sentidas, pues Ginebra, lejos de ofrecer un asilo á quien reivindicaba con orgullo el nombre de ciudadano de aquella república, le rechazó de sus murallas, y la Suiza, el país mas hospitalario, no lo recibió sino con sospecha. Hé aquí otra vez al rey de Prusia protegiendo á este filósofo fugitivo. ¿Qué asilo mas conforme á su gusto sencillo y á su negligencia que el principado de Neuchâtel? Y sin embargo, allí fueron á buscarle de súbito todos los desastres. ¿Pero no se los habia él suscitado? Aquel desgraciado irritaba y alimentaba su propio orgullo; con frecuencia suponía una persecución que no existía, ó daba nuevos bríos á las que parecían iban ya á concluir. Tal era su debilidad y la grande desproporción entre las fuerzas de su carácter y las de su genio, que ávido de celebridad se dejaba asustar por su propia fama.

Muy á menudo faltan hechos positivos sobre este elocuente y desgraciado escritor, y la luz que ha querido derramar sobre su propia vida, no sirve mas que para confundirnos en vagas conjeturas. El mismo ha roto aquel velo con que pudieran cubrirse las debilidades y los errores del hombre de genio. Trátase de absolverle en cuanto la moral lo permite, y para justificar su corazón, es preciso decir que su cabeza tenia un modo de juzgar erróneo, que en vez de ser corregido, era auxiliado por su poderosa dialéctica. Sin embargo, la historia, al hablar de él, pierde su imparcialidad y le admira ó le compadece, le bendice ó le acusa.

Dos obras fueron el fruto de su retiro y ambas turbaron su quietud: la *Carta á Cristóbal Beaumont*, y las *Cartas de la Montaña*. Los prelados que condenaban las obras irreligiosas, rechazaban estas dos de su jurisdicción; pero era una prueba peligrosa el presentar á la fe de los fieles objeciones generalmente ignoradas de ellos, y veladas por un estilo seductor. Por esto el arzobispo de Paris, á pesar de la vehemencia de su carácter, no descargó su ira contra Juan Jacobo como lo hubiera hecho contra un detractor furibundo de la moral cristiana, y usó de la destreza y del talento en sus anatemas. Rousseau se mostró ofendido de aquello mismo que aseguraba su triunfo, y supo tambien sostener con dignidad una cólera simulada, única vez quizá en que el genio supo satisfacer á la decencia abandonándose á todo su orgullo. El que habia clamado tan tristemente contra la desigualdad de condiciones, supo eludirla bajo el velo del respeto. Un republicano proscrito en su república, un protestante separado de su comunión, trató de igual á igual á un prelado par de Francia: y este ejemplo fué contagioso, y desde entónces muchas veces la mediana petulante se atrevió á hablar á los reyes con